

El Acantilado recupera para el público español las magníficas **novelas cortas** del médico, narrador y dramaturgo austriaco Arthur Schnitzler, marcadas por el esplendor de la cultura vienesa del cambio de siglo y por la influencia del psicoanálisis

LA VERDAD DE LAS MÁSCARAS

IGNACIO F. GARMENDIA

■ Hace ahora poco más de un año, el estreno póstumo de la última película de Stanley Kubrick puso por unos meses de actualidad el nombre de Arthur Schnitzler, en cuyo *Relato soñado* se había inspirado el gran cineasta para componer la obra que cerró una filmografía brillante y controvertida. *Eyes wide shut* seguía bastante fielmente el original literario, pero los resultados no brillaron a la altura de esta deliciosa *nouvelle* que también por entonces acababa de reeditar en España El Acantilado, la primera de una serie a la que pronto se sumará *La señorita Else*. No es que el filme no contuviera aciertos y escenas emocionantes, pero fracasaba a la hora de recrear esa atmósfera de vaporoso ensueño que desde el propio título distingue a la novela, la más explícita de las incursiones de Schnitzler en un territorio por el que se sintió siempre fascinado.

Turbios remolinos

Las tortuosas e inequívocas relaciones entre los sueños y la realidad, que los modernos practicantes de la onirocrítica pretendían haber desvelado, aparecen mezcladas en el relato con una reflexión sobre el alcance de las fantasías sexuales, temas predilectos del psicoanálisis y recurrentes en la obra del escritor austriaco. En esta narración publicada en 1926, es decir, hacia el final de su vida, Schnitzler abordó magistralmente las pasiones soterradas que subyacen bajo la apariencia ejemplar de un joven matrimonio formado por el doctor Fridolin y su bella esposa Albertine, despertadas a raíz de una discusión fortuita a la vuelta de un baile de disfraces, "sobre los deseos escondidos y apenas sospechados que hasta en el alma más pura y clara pueden provocar turbios y peligrosos remolinos". Los celos y el adulterio, su posibilidad no menos que la consumación, acaban arrastrando a la pareja que se ve transportada, por los caminos entrecruzados de la realidad y el ensueño, a una doble experiencia de desenfreno con ribetes de farsa, reveladora de los abismos que acechan tras la apacible rutina de la vida conyugal. Pero la conclusión no es moralizante sino en extremo desasosegadora, al modo cínico de esos ateos que proclaman la necesidad de Dios para evitar males mayores.

Apuesta al amanecer (1927) y *El regreso de Casanova* (publicada en volumen en 1921) también datan de la década de los veinte, años de entreguerras en los que, concluida prácticamente su obra, Schnitzler era ya un escritor célebre, considerado como uno de los más ácidos cronistas de costumbres de la mo-



Arthur Schnitzler (Viena, 1862-1931).

Los impulsos irreflexivos, el otro lado de la conciencia, la búsqueda del placer, el sexo, su reverso de dolor y de muerte son los temas que giran, como en una danza macabra, en la obra de Schnitzler

jigata burguesía vienesa cuyas debilidades retrataba sin recato ni complacencia, un superviviente de la vieja Europa sensible a la cuestión social e incontaminado por esa nostalgia del antiguo orden que encontramos bellamente recreada en Zweig, Musil o Hofmannsthal. Le cabía el honor de haber introducido el monólogo interior en la literatura alemana, sus dramas gozaban de enorme prestigio y estaba en condiciones de permitirse ejecutar divertimentos y variaciones en torno a sus obsesiones de siempre.

El Chevalier de Seingalt

Con *El regreso de Casanova*, Schnitzler retomaba el tema del donjuanismo que ya había tratado en su obra primera *Anatol* (1893), encarnado ahora en el legendario *Chevalier de Seingalt*. En el caso de su azarosa vida, el anciano seductor, que prepara un libelo contra Voltaire mientras aguarda el indulto del gobierno veneciano que le permitiría volver a la añorada Serenísima, conoce a una joven bella e inaccesible, Marcolina, a la que desde el principio ansía poseer. Valiéndose de innobles artimañas y en condiciones humillantes, logrará hacerla suya, merced a un intercambio de favores con su rival el apuesto teniente Lorenzi, al que proporciona el importe de

una deuda de juego y con quien acaba batiéndose en duelo. Es una victoria amarga la del incorregible Casanova, pues había albergado infundadas esperanzas de enamorar a Marcolina para que le acompañara en su vejez, presa de melancolías. El paso del tiempo ha ensombrecido en estas páginas la figura del libertino, aunque no su genio, evocado por Schnitzler en un relato memorable, delicado y profundamente conmovedor.

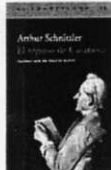
Apuesta al amanecer incide en el mismo motivo de las deudas de juego, e incluye un episodio amoroso impagable, en el que una antigua florista agraviada se venga del amante otrora desdenoso, Wilhelm Kasda, a la sazón un sobrino necesitado de ayuda para salvar su honor comprometido en una partida insensata. Todo el absurdo de los rancios códigos militares se trasluce en la trágica peripécia de Kasda, un modesto alferez sobre el que se ceba la fatalidad de un destino aciago que está obligado a aceptar resignadamente. Los impulsos irreflexivos, el otro lado de la conciencia, la búsqueda del placer, el sexo, su reverso de dolor y de muerte son los temas que giran, como en una danza macabra, en la obra de Schnitzler. El fino analista supo ver, entre el fragor del baile, la verdad de las máscaras.

La alegre Viena del doctor Freud

Como en la Roma decadente de la Antigüedad Tardía, conforme a la imagen tantas veces evocada por los estetas del fin de siglo, en la Viena anterior al desastre sin precedentes de la Gran Guerra, el hedonismo desbordado hacía presagiar la inminente catástrofe. La metrópoli centroeuropea se soñó una réplica del dorado París en los territorios de la Europa germánica, aureolada de fastos imperiales. En esta atmósfera crepuscular florecieron las artes y las letras, los bailes y los cafés, las confterías y los burdeles. Hacia 1900, el doctor Freud publicó *La interpretación de los sueños*.

Se dijo ya entonces, como un medio sutil de impugnarla o de restringir su validez, que la teoría psicoanalítica era aplicable antes que nada a la propia burguesía vienesa de la que su máximo artífice era parte destacada. A ella pertenecía asimismo el médico neurólogo Arthur Schnitzler, colega y amigo personal de Freud, no tanto seguidor como discípulo —compartieron incluso algún maestro, el profesor de hipnosis Theodor Meynert—, buenos conocedores ambos, y admiradores, de sus obras respectivas. Apenas seis años más joven, el narrador y dramaturgo era también, como Freud, de ascendencia judía, miembro de esa casta de prestigiosos profesionales cuyo éxito económico y social desataría las iras antisemitas del nacionalismo pan-germánico. Puede decirse que la obra de Schnitzler es el más aproximado correlato literario de las tesis freudianas con las cuales nunca comulgó del todo, pues su escepticismo recelaba con razón de unas formulaciones sistemáticas que se pretendían dogmas de aplicación universal. Uno y otro estaban de acuerdo, sin embargo, en la revolucionaria y escandalosa reivindicación del papel central que la sexualidad y el extravagante mundo de los sueños desempeñaban a la hora de penetrar las motivaciones ocultas del comportamiento humano, más allá de la discutida utilidad terapéutica del psicoanálisis.

Sobre estas motivaciones ocultas está montada la mayoría de las tramas de Schnitzler, maestro de la ambigüedad. Al cabo, puede que llevaran algo de razón quienes señalaban a la que fue alegre corte de los Habsburgo como fuente inspiradora y por ello paciente ideal de los pioneros del psicoanálisis: junto a la despreocupación de artistas y *demi-mondaines* convivía una clase media imperturbable que hacía suya esa característica doble moral hecha de ocultación y de inhibiciones, perfecto caldo de cultivo para estos osados buceadores de la psique. No tardarían los surrealistas en abandonar la enseñanza de lo irracional, pero esa es ya otra historia.



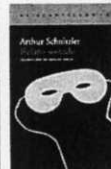
EL REGRESO DE CASANOVA

ARTHUR SCHNITZLER
Trad. de Miguel Sáenz.
El Acantilado, Barcelona, 2000.
166 páginas.
1.500 pesetas.



APUESTA AL AMANECER

ARTHUR SCHNITZLER
Trad. de Miguel Sáenz.
El Acantilado, Barcelona, 2000.
152 páginas.
1.300 pesetas.



RELATO SOÑADO

ARTHUR SCHNITZLER
Trad. de Miguel Sáenz.
El Acantilado, Barcelona, 1999.
136 páginas.
1.500 pesetas.